

Helena Pastor

2ºA BACH

Colegio Guadalupe

# CAMINO A LA FELICIDAD

Valentina se sobresaltó con el sonido de su despertador, como siempre a las 7:00 am, pero llevaba ya horas con los ojos abiertos. Había sido una noche larga, le había sido imposible conciliar el sueño, sentía que su cabeza iba más rápida de lo normal y que sus pensamientos se atolondraban sin ningún orden.

No tenía motivo ninguno para tener tantas dudas y preguntas. Valentina era la mayor de tres hermanos. Había tenido la suerte de nacer en una familia donde todo era amor, tenía unos padres ejemplares y unos hermanos a los que adoraba. No le faltaba de nada.

Sin embargo, sentía un vacío inexplicable que no le dejaba tener su mente en paz. En ese momento entró su madre Mónica.

— ¿Valentina no bajas a desayunar?

— Buenos días mamá, ahora mismo bajo.

— Cariño, recuerda que esta noche es la cena para celebrar el ascenso de tu padre y necesito que vengas nada más salir de clase para ayudarme.

— Si si no te preocupes, no se me ha olvidado. Cuenta conmigo.

Valentina se levantó y se miró al espejo, estaba muy contenta por el ascenso de su padre y no entendía porqué no podía reflejar esa alegría en su cara.

Respiró hondo, se vistió y bajo las escaleras para desayunar con sus hermanos.

— Buenos días Valentina.

— ¡Buenos días Jaime! ¿Y como está la princesa de la casa?

— Hoy he soñado que volaba y tenía mucho miedo.

— Jajaja, era sólo un sueño Cata, esta noche te dejo dormir conmigo y soñaremos algo bonito.

Como todas las mañanas, Valentina lleva a sus hermanos al colegio y se va a sus clases de la universidad. Valentina desde muy pequeña tenía claro lo que quería ser de mayor, siempre había sido la típica niña que ante cualquier accidente ya sea un chichón monumental o un reguero de sangre por un corte, corría al auxilio de conocido o sin conocer, y lo llevaba a la enfermería como si de su propia vida se tratase. Así, disfrutaba a diario de sus prácticas de segundo de Enfermería.

Valentina siempre había sido muy sociable y se ganaba el cariño de quien le rodeaba.

Se había hecho muy buenas amigas en la universidad y conservaba las del colegio, por lo que tampoco tenía motivo para sentirse sola. Pero sin embargo, así lo sentía.

El día transcurrió normal, como cualquier jueves... clases, comida con amigas, risas y vuelta a casa.

Cuando llegó a su casa, su madre ya tenía la mesa puesta para los invitados y su padre, Tomás, estaba terminando una de sus recetas favoritas, solomillo al horno con su toque especial de mostaza.

Al verla, su padre se acercó a abrazarla, no podía negar que era su ojito derecho y tampoco hacía mucho esfuerzo por ocultarlo.

— ¡Que bien que hayas llegado ya cariño!, si te digo la verdad estoy un poco nervioso. No se si le estamos dando demasiada importancia a esto del ascenso.

— ¡Qué dices papá! Estamos muy orgullosos de ti y te lo mereces, has trabajado muy duro estos últimos años y hay que celebrarlo por todo lo alto.

— Bueno, sabes que todo lo hago por vosotros y gracias a vosotros.

Entre todos terminaron los preparativos y todo estaba perfecto para cuando llegaran los invitados. La velada transcurrió tal y como estaba previsto. Familia y amigos íntimos disfrutando de una suculenta cena y en un ambiente de lo más agradable.

De pronto, Valentina se fijó que su padre tenía la misma mirada que se había visto esa misma mañana ella en el espejo. No era una mirada de tristeza, pero tampoco transmita alegría.

Entonces, cuando ya todos se habían ido y Valentina estaba intentando dormir a Cata, entró su padre a su habitación.

— Buenas noches Valentina.

— Buenas noches papá, ¿has disfrutado de la fiesta?

— Como siempre tu madre es la mejor anfitriona y todo estaba perfecto.

— Sí papa pero ¿tú cómo estabas?

— ¿Porqué me preguntas eso?

— Déjalo papa, no se qué me pasa últimamente pero no dejo de plantearme preguntas absurdas.

— Nada de lo que te ronde por esa cabeza es absurdo para mí, si quieres que hablemos sabes que solo tienes que decírmelo.

— Lo sé papa, te quiero. Buenas noches.

— Buenas noches.

Otra noche más Valentina no podía dejar su mente en blanco y dormir. Sabía que necesitaba algo, pero no lograba adivinar qué era. Empezó a hacer como un esquema mental de su vida: familia - bien, estudios - bien, amigos - bien, entonces ¿en qué parte de ella se encontraba el problema? Decidió coger un libro para así poder dejar de pensar. En su mesita de noche había una autobiografía que su padre le había recomendado “*Yo soy Malala*”, en el que Malala Yousafzai, la persona más joven que ha recibido el premio novel de La Paz, narraba su vida.

Valentina quedó fascinada desde el primer momento y esa noche por su cabeza sólo pasaba la vida de esta joven pakistani. Consiguió dormir y se despertó con una sensación rara en el cuerpo. Los siguientes días transcurrieron con normalidad, pero algo había cambiado en el interior de Valentina. Ella sabía lo que era, pero le daba miedo decirlo en voz alta, le daban miedo la reacción de su familia, le daba miedo dejar por un tiempo los estudios, le daba miedo perder sus amistades, en conclusión, le daba miedo salir de su confort. Entonces pensó ¿miedo? Y lo tubo claro.

Esa noche durmió profundamente. A la mañana siguiente se despertó con una fuerza que hacía tiempo que no sentía. Bajó las escaleras y le pidió a sus padres si podían tener una conversación.

La cara de su padre no mostraba sorpresa, Valentina intuía que a su padre no le iba a extrañar la decisión que acababa de tomar. Se sentaron los tres en el salón a puerta cerrada, la cara de sus madre mostraba preocupación pero Valentina cogió fuerzas y dijo:

— Mamá, papá, tengo algo importante que decirlos. Hace tiempo que siento que en mi vida falta algo, y no es algo que vosotros me podáis proporcionar ni que pueda encontrar por mí misma aquí. Quiero que sepáis que vosotros me habéis dado todo, absolutamente todo, y os estoy muy agradecida por ello.

Mónica miró a Tomás con cara de desconcierto, y este le cogió la mano con expresión tranquilizadora.

— Dinos hija, sabes que estamos aquí para apoyarte. Sea lo que sea lo que te preocupe sabes que te queremos mucho y que confiamos en ti.

Valentina se armó de valor y dijo:

— Quiero dejarlo todo por un tiempo, no se por cuánto. Necesito salir de aquí, de mi rutina.

No os equivoquéis, se que tengo una vida perfecta pero aún así me siento vacía, no me siento realizada. Siento que puedo ser de ayuda en algún sitio y pienso que es eso lo que necesito para llenar mi vacío.

En la universidad hay un programa de ayuda humanitaria en países que ahora mismo están en guerra, concretamente están enviando mucha ayuda sanitaria a Yemen. Me encantaría presentarme voluntaria cuánto antes.

— Pero hija, dijo la madre, ¿tú sabes lo peligroso que es ir a un país en guerra?

— Si mamá, pero siento que mi sitio es ese ahora mismo, ayudando a toda esa gente que está teniendo que abandonar sus hogares, que sufre desnutrición, enferman... Puede que os resulte difícil de entender o que penséis que no estoy preparada para algo así, pero lo único que siento yo es que no necesito nada de lo que tengo, ninguna de estas comodidades con las que vivo y quiero dar lo mejor de mi a esas personas que lo necesitan. Sabéis que desde pequeña siempre he tenido esta actitud de ayudar, y aunque esto pueda parecer que me queda grande, se que voy a poder hacerlo.

Se hizo un silencio incómodo, Mónica se levantó del sillón sin mediar palabra y se dirigió a su dormitorio donde estalló en llanto. Tomás, sin embargo, miró a Valentina de forma que esta entendió que estaba enormemente orgulloso de ella.

La hora de la cena fue bastante incomoda, Valentina podía ver en el rostro de su madre la preocupación y el dolor que le invadían. Lo último que quería era verla sufrir, así que de pronto dijo:

— Mamá, vamos a hacer una cosa. Porqué no me acompañas mañana a presentar mi solicitud y si realmente te parece una locura, me lo quito de la cabeza.

— Valentina confié en ti, siempre lo he hecho, no nos has dado nunca ningún motivo de preocupación y por mucha angustia que me de la decisión que acabas de tomar tengo que aceptarla.

Tu estás siendo muy valiente, te prometo que yo también lo voy a ser.

Las siguientes semanas fueron un caos. Papeleos, vacunas, nervios, maletas... En casa de Valentina se respiraba por igual entusiasmo y temor.

El 7 de Febrero era el día de la partida. Intentaron normalizar la situación, los pequeños al cole tras una breve despedida y Tomás y Mónica , acompañaron a Valentina al aeropuerto. La despedida allí fue igualmente breve, ninguno quería venirse abajo ni alargar el adiós, ni si quiera fueron capaces de decir ni una sola palabra, el fuerte abrazo hablaba por sí solo.

A Valentina le temblaban las piernas, por un momento le surgieron dudas, se veía sola ante un destino incierto y peligroso.

Nada más subió al avión intentó tranquilizarse, dejó atrás sus pensamientos y se centró en lo que estaba por venir y la labor que iba a realizar. Cogió de nuevo el libro que habría cambiado el rumbo de su vida, y lo releyó por segunda vez.

Tras pasar casi veinticuatro horas volando, Valentina llegó al Sana'a International airport donde le esperaba una mujer yemení para llevarla a su destino. Durante el trayecto a una de las escuelas del mismo Sana'a, Valentina no podía dejar de comparar el árido y pobre escenario que veía desde la ventanilla del autocar con lo que había dejado atrás. El aire que le rodeaba parecía una tenue nube de arena que transmitía un estado de pesadez y tristeza.

Nada más llegar, se quedó sorprendida por la sonrisa en las caras de las decenas de niños que rodeaban el coche impacientes por conocer a esa persona que llegaba de tan lejos para ayudarles.

La mujer yemení le llevó a lo que sería su hogar durante meses, un pequeño catre situado en una casi derruida vivienda, en la que también se hospedaban los otros tres voluntarios a los que Valentina estaba impaciente por conocer.

Una vez acomodada, con la ayuda de los pequeños nativos que no dejaban de curiosear sus cosas, Valentina se reunió con la joven yemení que parecía ser la directora del centro y con los otros tres voluntarios. Estos pusieron al día a Valentina de los proyectos urgentes, del estado en el que se encontraban las familias de esa zona y de las dificultades con las que se encontraban a diario.

Las familias no tenían ni medicinas ni comida para alimentar y cuidar a sus hijos por lo que recaía sobre ellos tanto el sustento como el proveer de medicinas y vacunas para que no enfermaran. Pero a toda esta lucha y esfuerzo diario había que añadir el temor a las explosiones y ataques directos que con frecuencia sucedían. El tremendo horror que estaban experimentando esas familias,

sabiendo que ni si quiera en las escuelas están seguros sus hijos, hacían necesario un apoyo psicosocial y compañía constante.

Además de su labor en la escuela, los voluntarios se turnaban para ir a un hospital cercano donde atendían a los heridos como resultado de la guerra.

Valentina escuchaba con atención todas las indicaciones, consejos y advertencias que le daban, perpleja por el esfuerzo que estaban realizando de forma desinteresada y sintió que realmente ese era su sitio. El miedo se había convertido en ganas y el cansancio que llevaba acumulado se había convertido en una inexplicable fuerza interior.

A la mañana siguiente Valentina ya se despertó con un horario y tareas marcadas. Los niños acudían de sus hogares sin desayunar, algunos de ellos tras andar varios kilómetros, por lo que lo primero que tenían que hacer era alimentarlos con lo que otras ONGs conseguían suministrarles.

Ante la epidemia de cólera por la falta de agua potable, diariamente los niños eran revisados médicamente. Aquellos que presentaban algún síntoma de enfermedad se les llevaba al hospital para que pudieran recibir tratamiento.

Tras esta rutina y una vez los niños habían pasado con las maestras, Valentina junto con los otros voluntarios y nativos, llevaban a cabo los proyectos de instalación de pozos, tanques de recogida de agua de lluvia y sistemas de saneamiento.

Las primeras semanas fueron muy duras para Valentina, sobre todo por el cansancio y hambre que pasaba. Un día, tras terminar la jornada de trabajo, Valentina sintió desfallecer, cayó agotada en su catre y se puso a llorar desconsoladamente.

Alex, uno de los voluntarios, se le acercó y le dijo:

- Valentina lo estás haciendo muy bien, eres una chica muy valiente. Se que todo el trabajo que hacemos parece insuficiente, pero piensa qué sería de esta gente si nosotros no estuviéramos aquí, piensa que todo lo que has hecho tú hoy se habría quedado sin hacer si no estuvieras aquí.
- Ya Alex, pero al final del día siento que todo sigue igual, como si no hubiese hecho nada. Los

niños siguen enfermando, siguen teniendo miedo, no hay alimentos suficientes, es desesperante.  
— Intenta descansar, mañana será otro día y verás las cosas con otros ojos. Buenas noches.  
— Buenas noches Alex.

Esa noche Valentina tuvo la misma sensación que había estado teniendo en su casa durante tantos meses. Se le agolpaban ideas en la cabeza, estaba inquieta, tenía que buscar una solución, tenía que ver que todo este trabajo merecía la pena.  
Se levantó de la cama, cogió un papel y un boli y se dispuso a escribir a su padre.

*Querido Papá.*

*Te escribo esta carta para pedirte ayuda. Como ya te he explicado en las anteriores, aquí hay mucho que hacer, la falta de alimentos, medicamentos y la escasa higiene sanitaria están haciendo muy difícil que sienta que realmente todo este esfuerzo merece la pena.*

*El mundo necesita ver contado en primera persona como es la vida aquí, la penuria, la impotencia de querer ayudar y no poder por falta de medios. Quiero que me des tu opinión sobre una idea que he tenido.*

*He pensado en crear un blog, yo te iría mandando vídeos de nuestro día a día y tú te podrías encargar de difundirlos y pedir ayuda económica que iría directamente a la organización.*

*No se si funcionará, pero es lo único que se me ocurre.*

*Siento que de no hacer algo ya, esta situación se quedará estancada.*

*Espero tu respuesta y opinión sincera. Te quiere,*

*Valentina.*

Pasaban los días, todos iguales, y Valentina esperanzada con que iba a contar con la ayuda de su padre, hacía continuos reportajes mostrando lo más duro de la cruda realidad.



Por fin llegó la carta y Valentina recibió con alegría el ofrecimiento de su padre a ayudarla con su proyecto.

Valentina estaba muy ilusionada, así como el resto de su equipo y todas las familias a las que ayudaban. Hacían vídeos diarios los cuales mostraban testimonios en los que se apreciaba la violación de los derechos a los que estaban sometidos los niños, las consecuencias de la guerra y en general el horror que estaban viviendo.

Una vez a la semana Valentina recibía noticias de su padre. Al principio los resultados no eran muy esperanzadores, pero a medida que pasaban las semanas, los suscriptores aumentaban y eso se traducían en dinero para la organización.

Los medicamentos venían con más asiduidad al igual que los alimentos y materiales para renovar espacios de la escuela que habían sido destruidos como consecuencia de explosiones.

Todo iba viento en popa, por fin Valentina había dejado atrás ese sentimiento de frustración y se había encontrado a sí misma, su misión en la vida.

A lo largo de los años Valentina viajó a los lugares más necesitados cambiando con su perseverancia y esfuerzo el destino de muchos marginados y contagiando su energía a través de su blog por todo el mundo.